

Un Derby

EN su deliciosa, aguda y polémica "Pequeña Historia de Inglaterra", que trajo al castellano Alfonso Reyes, dedica Chesterton un capítulo a este tema: "¿Qué quiere decir 'la alegre Inglaterra'". La expresión se immortaliza en el grito de aquel zapatero remendón que, en la batalla de Azincourt, al ver que las lanzas francesas retrocedían bajo el zumbido de las certeras flechas de los arqueros de Somerset, clarineó entusiasmado: "¡San Jorge por la alegre Inglaterra!". La alegre Inglaterra, para Chesterton, es la Inglaterra cristiana medieval, la de los gremios y las comunas populares, aquella que "estaba materialmente llena de pequeños Parlamentos, con cuyos sillares se edificó el mayor". ¿Cuál fue su final? "Si entre todas estas corporaciones populares colectivas los libros de Historia sólo nos hablan de la mayor (designada todavía en inglés, con elegante arcaísmo, por su arcaico nombre de Casa de los Comunes), no hay que asombrarse. La explicación es muy sencilla y hasta muy triste: es que el Parlamento fue, de todas esas corporaciones, la única que consintió en traicionar y aniquilar a las otras". Pero éste, como sabemos, fue el destino de todas las instituciones medievales que trataron de oponerse al monopolio y concentración del poder que conllevó el parto del Estado moderno. Como en esta vida nada es reversible, salvo ciertos abrigos, la Inglaterra de hoy ya no podrá ser alegre volviendo a los modos de antaño, como pareció desear Chesterton; además, el Estado moderno se complementa estructuralmente mal con la alegría, que siempre tiene una dimensión imprevisible e improductiva, es decir, que es el paradigma mismo de lo indeseable desde un punto de vista burocrático. La identidad unitaria "Inglaterra", sin duda provocó, como todo designio nacional, la aparición del Estado inglés y, por tanto, el final de la alegría comunitaria que parece haberle precedido: Inglaterra fue así el principal enemigo de la alegre Inglaterra. Para que Inglaterra volviese a ser alegre, debería dejar de ser esa Inglaterra con vocación de Estado inglés que nos presenta la Historia: habría de convertirse en una Inglaterra antiestatal, antiunitaria, mítica en suma: el mito de las ansias que tienen los ingleses de ser más alegres que ingleses, pero a su modo y manera. Obviamente, lo aquí dicho de Inglaterra puede aplicarse a cualquier otro título nacional del Estado moderno. ¿Sería posible que las viejas naciones y sus transhistóricas leyendas se convirtiesen en elementos disgregadores de los Estados que ayudaron a conformar, al pasar de la categoría de proyectos políticos a la de mitos de una calidad e intensidad vital diferente? Por lo que se ve, más cierto es lo contrario, si atendemos al verdadero devenir de los actuales combates nacionalista: no es que el mito diferencial se enfrente al monolitismo estatal, sino que más bien el mito mismo requiere para sí estatuto de Estado. Pero, naturalmente, una cosa es que el



La Reina con una "bunny" en el Jockey Club de Epsom: un día al año vuelve la alegre Inglaterra.

con sabor texano

FERNANDO SAVATER

Estado sea estructuralmente opuesto a la alegría y otra muy distinta que, puesto que hay Estado, ya no se dé la alegría. Ni siquiera es seguro que la alegría no sea muchísimo más fuerte que el Estado y precisamente por eso necesite articularse menos. Lo digo porque algunos amigos de gustos más o menos ácratas, o simplemente "progresistas", parecen convertir la lucha contra el Estado y el poder separado en una especie de conspiración general por la tristeza: no se debe frecuentar el cine porque es un espectáculo manipulado por monopolios cuyo único designio es la reproducción indefinida del *status* actual, no es prudente leer muchos libros porque su ciencia es vanidad mimética del Orden y su pretendida distracción es disipación que debilita la resistencia frente al mal, los toros son decadencia, crueldad o manejo económico, el fútbol embrutece, la droga degrada, el beso contagia microbios, la masturbación debilita la médula espinal, etcétera. ¿Por qué no decir ya que el goce, mientras no sea de todos y en todo, total y permanente, es indecente? Pues sí, el goce es indecente, pero es; no está, pero es. No espera, ni quiere hacer justicia, pero, curiosamente, es lo más parecido a la esperanza y a la justicia que conocemos. Las Casandras que denuncian la garra del Orden en todo logro y todo placer están mucho más visceralmente lejos de la más mínima subversión del *status* que cualquier pequeña alegría.

Ustedes querrán saber ya a dónde nos llevan estas interminables digresiones: pues al Derby, naturalmente. No sé muy bien por cuál camino, pero seguro que al Derby. Porque el Derby es, un día al año, la vuelta de la alegre Inglaterra, la orgía rabelesiana y popular en la que se funden por unas horas todos los papeles que reparte la Administración del mundo; es una fiesta isabelina y, por tanto, medieval, pues, como Chesterton muy bien recuerda, lo que consideramos típico de la época isabelina son, en la mayoría de los casos, residuos de Edad Media que se resisten a desaparecer o que se enfrentan trágicamente con las nuevas formas de convivencia. El Derby es, sin duda, Dickens, y también Henry Fielding, pero ambos serían impensables sin Chaucer. Y el Derby es además uno de esos acontecimientos que se resisten a ser descartados del mapa de lo jubiloso y, por tanto, bueno, aunque los fiscales del mundo puedan encontrarle o inventarle mil lamentables complicaciones con la plutocracia internacional, un desmedido afán competitivo ("niño, no compitas, que el que pierde sufre y el que gana es malo", axioma de la educación progresista) o una descarada persecución del dinero fácil que regala la apuesta acertada contra los favoritos. De modo que podemos entregarnos a él con tanto mayor gusto cuanto que no faltará quien nos cosquillee gratamente con su desaprobación, pues ya se sabe que lo que pretende convertirse en remordimiento es muchas veces estímulo...

Este año, el Derby nació bajo el signo de la perplejidad. Las carreras que, a comienzos de temporada, suelen servir para determinar los participantes con mayores probabilidades sirvieron más para descartar que para confirmar las preferencias de los entendidos. Desde sus actuaciones a dos años se perfilaba como indiscutible favorito para este Derby el potrero "Try My Best", entrenado por el gran Vincent O'Brien y propiedad de Robert Sangster, dueño del vencedor del pasado año. "Try My Best" contaba por la formidable baza de ser el caballo elegido por Lester Pigott para intentar ganar su noveno Derby, redondeando así hasta lo fantástico su ya incomparable palmarés en esta carrera clásica. Pero "Try My Best" actuó pobrísimamente en las Dos Mil Guineas de Newmarket, la más importante carrera clásica anterior al Derby; más tarde se supo que estaba atacado por un virus y que se vería alejado de las pistas por una temporada: así desapareció de escena el gran preferido de los expertos para triunfar este año en Epsom. Quedó en candelero otro potrero, hijo del espléndido "Brigadier Gerard" y que llevaba el muy ilustre nombre de "Leonardo da Vinci" (nunca faltan grandes nombres entre los participantes del Derby: el año pasado corrió un "Baudelaire" y este año ha participado un "Camacho"). Su jinete era Pat Eddery, la más codiciosa y eficaz de las jóvenes fustas inglesas, pero su primera aparición en el año también resultó francamente decepcionante: "Leonardo da Vinci" pasó a la reserva y su nombre dejó de figurar en el candelero de la actualidad hípica cara al gran día de junio. Pigott, antes de la desafortunada actuación de "Try My Best", dijo que le consideraba tan bueno como "Sir Ivor" o "Nijinsky" dos de sus más legendarias monturas de épocas anteriores; por su parte, Eddery aseguró, antes de ser desmentido por los hechos, que "Leonardo da Vinci" era tan bueno o mejor que "Grundy", con el que ganó el Derby hace cuatro años. Visto el mal fario de estas profecías triunfalistas, no es extraño que cuando el veterano jockey Greville Starkey se bajó de "Shirley Heights", con el que acababa de ganar el Mecca Dante Stakes, otra de las más importantes carreras previas al Derby, el preparador del caballo, John Dunlop, le preguntase inquieto: "¿No será el mejor caballo que has montado en tu vida, verdad?"; a lo que Starkey respondió con un guiño sonriente: "¡Claro que no, John! Los he montado mucho mejores".

La carrera se presentaba, pues, extraordinariamente abierta en cuanto a pronóstico. La primera pregunta importante para orientar a los apostantes ante un Derby es: ¿a quién monta Lester Pigott? El viejo mago de Epsom convierte automáticamente a su montura en el favorito de la carrera, fuera quien fuese: por eso siempre gana con el favorito, porque los caballos que él monta siempre son favoritos... por el hecho de montarlos él. Descartado "Try My Best", Pigott tenía varias opciones que fue

rechazando sucesivamente hasta hacer la elección más inopinada: se quedó con "Inkerman", un potrero entrenado por O'Brien e hijo de "Vaguely Noble", de bonita lámina, pero que no había corrido más que dos veces en su vida y la primera de ellas sólo veinte días antes del Derby. A pesar de esto, nada más conocerse la elección de Pigott, el novicio "Inkerman" se convirtió en el favorito cinco a uno de la prueba: "Por algo lo habrá elegido"... Uno de los caballos desdeñados por Pigott fue "Hawaiian Sound", cuyo dueño era el mismo Robert Sangster, propietario de "Try My Best"; ni corto ni perezoso, mister Sangster buscó un sustituto de lujo para Pigott, quizá la única figura con más aura mítica que la de éste, aunque ganada en otro continente: Willie Shoemaker, *The Shoe*. Shoemaker es un jinete texano que ha ganado más carreras que ningún otro jockey de la Historia, más de 7.300, cifra que dobla ampliamente la de victorias de Pigott. En los hipódromos americanos, desde Hollywood Park hasta Acueduct, desde Churchill Downs—donde se corre el célebre Derby de Kentucky—hasta Tropical Park, en Florida, *The Shoe* es desde hace más de veinte años la leyenda invencible del perfecto as capaz de la más serena y eficaz monta al favorito tanto como de las inverosímiles triquiñuelas que hacen triunfar al menos cotizado. No había participado nunca en el Derby, ni siquiera había montado jamás en Inglaterra. A su llegada a Londres, los periodistas le fotografiaron cariñosamente prendido de la mano de su mujer, una alta y bonita rubia a la que los 115 centímetros de *The Shoe* llegaban poco más arriba de la cintura... Recién llegado, tuvo apenas tiempo de conocer a su caballo y de darse una breve vueltecita por la pista de Epsom, cuyas montuosas pendientes le asombraron: "Esto va a ser como esquiar sin esquís", comentó. Entre Epsom, con su agresiva "naturalidad campestre" y las inspidas pistas de arena con escenarios más o menos ajardinados de Santa Anita o Turf Paradise hay la misma diferencia que entre correr *cross country* y los cien metros lisos en un estadio. Shoemaker deslumbró por su inagotable locuacidad y simpatía, pues los ingleses están acostumbrados al "maestro" Pigott y su severa frialdad: los periódicos de la tarde comenzaron a hablar del choque del iceberg con el *Titanic*...

La tarde del Derby continuaba el buen tiempo, que había puesto la pista excesivamente dura para el gusto de muchos preparadores; sólo al final de la jornada llovió un poco sobre la multitud entusiasmada por la emoción de su carrera. Hubo detalles picantes, como la presencia de las *bunnies* del Playboy en el aristocrático recinto del Jockey Club, una de las cuales se fotografió en un coloquio democráticamente cordial con la Reina. Sobre el techo de uno de los coches habilitados como atalayas que flanquean la pista, una vistosa pelirroja instrumentó su propia danza del vientre en honor de los jockeys que pasa-

UN DERBY

ban ante ella en el desfile preliminar a la carrera: con gesto mágico se abría la maxifalda por su corte central, mostrando el menear pizpireto de sus braguitas rosa. Los jinetes le dedicaban al trote una mirada golosa, salvo Lester, que volvió la cabeza con expresión adusta. Hasta el último segundo, hasta que los altavoces vocean el ritual "And they're off", que señala la salida de la carrera, los apostantes siguen invirtiendo sus libras en los frenéticos bookmakers, que telegrafían con sus manos enguantadas las últimas cotizaciones rebañando hasta las heces el entusiasmo derrochador de los asistentes. Desde la misma salida, Willie Shoemaker toma la cabeza con "Hawaiian Sound", en el estilo clásico de la monta americana, que es mucho más rápida que la europea y mucho menos dada a reservar caballo para el remate final. Ganar un Derby de punta a punta es poco menos que imposible: dudo que haya más de cuatro o cinco casos entre las 199 ediciones de la prueba. La aventura de Shoemaker parece, pues, destinada a dar a los aficionados británicos un nuevo argumento contra las tácticas yanquis. Pero el diminuto as texano sigue mandando en la carrera, conduciendo a su potro con admirable suavidad y sentido del paso por una pista que le era desconocida pocas horas antes y que figura entre las más difíciles de Europa. "Hawaiian Sound" sale en cabeza de Tattenham Corner y no parece ni mucho menos acabado: en su inmediata persecución, el francés "Orange Marmalade", el favorito "Julio Mariner" —un hermoso hijo de "Blakeney"— y "Remainder Man", que es quien parece traer más fuerzas. El tándem "Inkerman"-Pigott ha tomado la curva de Tattenham en excelente posición, pero cuando el maestro exige al hijo de "Vaguely Noble", éste acusa su bisoñez y cede: acabará entre los últimos. "The Shoe" resiste en cabeza, dando todo un recital de cómo empujar a un caballo en la recta final: ¡el texano no ha venido ha hacer turismo, ni sus miles de carreras ganadas son casualidad! Ya han cedido en la persecución "Orange Marmalade" y "Julio Mariner"; "Remainder Man" sigue en la brecha, pero parece incapaz de inquietar al primero. Entonces surge lo inesperado: el texano se ha ido abriendo poco a poco hacia el centro de la pista, llevado por el mismo ímpetu de sus enérgicos fustazos propinados con la mano izquierda; queda un hueco entre los palos y "Hawaiian Sound", el agujero vital que esperaba Greville Starkey con "Shirley Heights" para lanzarse en tromba hacia la meta por el camino más corto. Los últimos metros son impresionantes, el contraste entre los dos estilos de monta es bellísimo y magnífico el desafío de los dos caballos, el uno luchando contra lo mucho que todavía son esos últimos trancos agotadores hasta la meta, el otro contra lo breve de la distancia que tiene para alcanzar al conductor y rebasarlo. Cruzaron la meta emparejados, pero "Shirley Heights" había ganado por un cuello.

Al día siguiente, los periódicos publicaron la fotografía de la Reina, con el puño en alto y un grito entusiasta en la boca, al ver que la montura de Starkey había cazado al americano volador. No es para menos: "Shirley Heights" es un hijo del portentoso "Mill Reef", el más preclado semental del "National Stud" inglés; otro hijo de "Mill Reef", "Acamas", ha triunfado hace poco en el Derby francés, con lo que el semental británico ve subir enormemente su cotización como padrillo y se convierte en una no despreciable fuente de riqueza nacional. Dado que son motivos económicos los causantes oficiales de las penas de Gran Bretaña, este Derby y "Mill Reef" contribuyen a su modo a una cierta recuperación de la "alegre Inglaterra" que San Jorge guarde muchos años... ■ F. S. (Foto: EUROPA PRESS).



Homosexuales, minusválidos, prostitutas y otros grupos que han tomado conciencia de su marginación social, se manifiestan en Madrid en contra de la "Ley de Peligrosidad" y a favor de la libertad homosexual.

PELIGROSOS SOCIALES

Lucha de todos

El domingo, día 25, se celebró en Madrid una manifestación (autorizada) en favor de la libertad homosexual y en contra de la siniestra "Ley de Peligrosidad Social" que amenaza de continuo a todos los ciudadanos de este país. La manifestación estaba convocada por el FLHOC (Frente de Liberación Homosexual de Castilla), y apoyada por la mayor parte de los partidos y centrales sindicales de izquierdas, desde PSOE a LCR, desde CC. OO. a CNT; también la apoyaban los demás grupos que han tomado conciencia de su marginación social —y que, reunidos, forman la mayoría de la población de España—, y algunas asociaciones culturales y vecinales de la Villa y Corte.

Acudieron a la manifestación varios miles de personas; la "Hoja del Lunes" —y supongo que será la versión oficial— dice que fueron dos mil, mientras los portavoces del FLHOC calculan unos siete mil. Desde luego, no eran sólo homosexuales los que allí acudieron: estaba presente el Colectivo de Psiquiatrizados en Lucha —los llamados "locos"—, los minusválidos —alguno en silla de ruedas y enarbolando pancartas—, las prostitutas que, activísimas, pedían que se reconocieran sus derechos o al menos su existencia; la COPEL, etc. También había representación de varios grupos de izquierda y de ultrazquierda, destacando sobre todo la LCR y varios grupos anarquistas; incluso había una bandera de la propia CNT, últimamente un poco inhibida de este tipo de lucha reivindicativa.

Si de algún modo puede calificarse la tónica general de esta manifestación, su ambiente, yo diría que fue de alegría y de unidad. Quienes participaron estaban contentos de encontrarse allí, felices de tener la oportunidad de tomar la palabra por una vez y de defender los derechos, tan inalienables y tan alienados, al placer y a la expresión de la propia sexualidad sin trabas. No hubo pasotismos de ninguna clase, ni desmadre alguno. Y, curiosamente, tampoco hubo incidentes provocados por la extrema derecha; sólo en un momento cayó un bote de humo, de procedencia desconocida. La Policía sólo actuó como fuerza acompañante y se dedicó a regular el tráfico, como debería ser su función habitual.

"Que demasiao, que demasiao, que tos los peligrosos nos hemos juntao", era uno de los "slogans" que más se repetían. Desgraciadamente, no era verdad; por una parte, faltaban aquellos que cumplen condena en las cárceles españolas por culpa de la triste "Ley de Peligrosidad". Por otra, faltaban los tres millones de madrileños que, por una causa o por otra, pueden ser considerados "peligrosos sociales", por motivos varios; como, por ejemplo, el pasear por Recoletos a las doce de la noche. ■ EDUARDO HARO IBARS.